



PROHIBIDO

FOTOCOPIAR

TOMO 3

EDITORES REUNIDOS / ARCA

BIBLIOTECA BASICA DE CULTURA, URUGUAYA



PANFLETOS  
 PANFLETOS

CONTRA  
 CONTRA

CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA  
 CONTRA

ontevid  
 ina S. A.  
 amparado  
 el Papel





# PANFLETOS CONTRA PUÑALES

O

## El Coronel Latorre, su época y sus crímenes \*

ANGEL FLORO COSTA

*Sólo la justicia hiere mortalmente.*

LAMARTINE

### I

**D**ESPUES de todo, Coronel Latorre, presidente titulado de la heroica cuanto infortunada República del Uruguay, pues es a Ud., a quien me dirijo, cuánta emoción indefinida me ha causado la lectura del artículo que bajo el título "El Dr. D. Angel Floro Costa", me consagra Ud., en su diario oficial "La Nación" bajo la advocación y patrocinio de uno de sus numerosos editores responsables Don Clodomiro Arteaga.

Permítame, Coronel, que, poco amigo de ceremonias como soy en estos casos —y como sé que es Ud. también, elimine de mi réplica la personalidad intermediaria de su simpático corredor— sujeto bondadoso, débil e inofensivo por más señas, editor flácido y mucilaginoso de sus agrestes producciones, y me entiendo directamente con aquél a quien sus numerosos y desinteresados admiradores aclaman como el Júpiter de nuestras prosperidades, como el amoroso *padre de los pobres*<sup>1</sup> de aquella región feraz — con el Octavio de nuestra joven República, sobre cuyos hombros por valerme de la frase de Plinio, *reposa la inmensa majestad de aquella paz romana.*

### II

Cuando Labienus procesaba a Augusto, no tuvo necesidad de intermediarios.

Tampoco yo los necesito para procesar a Ud. y defenderme de sus viles ataques y procaces calumnias.

La coraza de acero que oprime su pecho, que es la caparazón de las conciencias feroces y cobardes, podrá preservarlo de los golpes alevés del puñal homicida, pero no le preservará de los golpes mortales que yo voy a asestarle, con otra arma más terrible que el rayo, cuando la esgrimen las almas templadas por la virtud y el derecho.

\* Selección de la edición publicada en Montevideo, 1879, Imprenta de la "Redención Social".

<sup>1</sup> En uno de los editoriales del Ferro-Carril se le llamaba así.

Contra esa arma, no hay más coraza que la honradez, ni más broquel que la virtud.

Por eso va Ud. a ver que ella se ha embotado en sus manos, al esgrimirla contra mí, pero que no se embotaría en las mías al esgrimirla contra Ud.

### III

La pluma, no es el puñal, Coronel.

Para que la pluma hiera o mate, es menester que la conciencia a quien se dirige, esté fuera de la ley moral.

Es el arma del espíritu, impera sobre las conciencias, es libre y penetrante como el éter —escapa a todas las tiranías; recorre los espacios; fulmina los corazones más fieros y empedernidos— símbolo de la idea y eterna mensajera de la Justicia ella sólo hiere perentoriamente al culpable, jamás al inocente ni al hombre probó.

No así el puñal, Ud. lo sabe bien, Coronel, que hiere *indistinta* y *perentoriamente*, al inocente como al culpable, al hombre ilustre como al bandido.

Esta arma es la que maneja Ud.

Yo sólo sé manejar la otra.

Por eso tan impropio y ocioso estaría en mis manos un puñal para asestar a su pecho, como lo ha estado en las suyas una pluma para asestar a mi honra.

Lo contrario es lo propio, lo natural, lo contundente.

Cada uno puede derribar al otro, es cierto, pero con el arma que sabe esgrimir, no con otra.

Ni yo tengo coraza contra su puñal, ni Ud., la tiene contra mi pluma.

Sé, pues, que la experiencia le aconsejará cambiar de táctica —y espero su puñal con la tranquilidad del justo, por lo mismo que sé que Ud. no aguardará mi pluma sin las zozobras roedoras de una conciencia criminosa, torba y sombría.

### IV

Al atacarme Ud., más que nadie, testigo de mi inocencia, no podía presuponer mi silencio —ni pretender salvar su responsabilidad, tras el telón de las Redacciones de "La Nación", el "Ferro-Carril", y "El Telégrafo"; porque todo el mundo sabe allí, que ellas juntas acuden a su casa *al mate del desayuno*, a recibir *santo y seña* de las difamaciones del día, sacando de esta matutina cerámica los torsos casi completos de los modelos políticos que más tarde se exhiben casi desnudos a la expectación pública.

*Fortinbo, Arteaga*, el pequeño *Maeso* y otros varios, no son más que los sátiros lúbricos de esa política artificiosamente apolegética, con que Ud. exhibe diariamente al público de nuestra patria, su modesta individualidad y pone en la picota pública, todo lo que le incomoda, le desagrada o le daña.

Ellos sólo tienen la responsabilidad del cómplice, Ud., la del autor.

Es Ud., pues, quien me pone por segunda vez, gratuitamente en la picota pública como *un pillastre gastado a fuerza de explotaciones en Buenos Aires, alguna de las cuales, me hubiera valido cárcel perpetua en cualquier país bien organizado* (como el que Ud. manda por ejemplo).

---

Es Ud., quien me ha tenido por *un tipo de pillería*, quien afirma que *no daba la entrada por salida en su casa y en la que Ud. llama por antonomasia casa de gobierno.*

Es Ud. quien afirma, *me arrastraba, como yo sólo sé hacerlo.*

Es Ud. quien dice 'hoy que *me tenía asco.*

Es *su penetración*, la que *me tuvo siempre por un tipo de negocios sucios como Don Andrés Lamas, que todo lo sacrifica a su ambición y a sus ruines pasiones.* Es Ud. quien asegura que fui a mi patria con la idea de *hacerme de una posición a toda costa, trayendo en reserva un proyecto de Banco Nacional* —quien me califica, en fin de *desleal a mis amigos*, y para colmo de ultraje, me llama *estafador*, afirmando *que entre otros clavos gordos, estafé a una viuda mueblera de la calle del 25 de Mayo, que cayó en la trampa de venderme los muebles para mi instalación en Montevideo* —en grande *por supuesto.*

Tal es el resumen de las injurias y calumnias que Ud., jefe de un Estado, desciende desde el solio del Poder, a prodigar a un ciudadano, a quien sus torpes violencias acaban de obligar a expatriarse.

En "El Telégrafo Marítimo" del mismo día — (la consigna fue general para todos aquel día) publica Ud. párrafos truncos y mutilados de una carta privada que le dirigí, silenciando todo lo que en ella explica mi conducta y compromete su personalidad — para darse el placer efímero de la calumnia, siquiera no sea más que por las breves horas que he necesitado para organizar los materiales de mi réplica, con que voy a confundirle.

A todo daré respuesta, Coronel, hoy que puedo disponer de la prensa de un país libre, por más que sepa arrostrar los tiros alevos de su puñal homicida.

Y ya que Ud. ha puesto la pluma en mis manos, es posible que no me limite sólo a defenderme.

Son tan notorias las calumnias, y mi reputación y antecedentes están tan arriba de sus torpes ultrajes, que ella sería superflua, si al defenderme, un decreto del destino, no me impusiera el deber de acusarle, transparentando ante el mundo los misterios de esa política, ignorados de muchos, de mí mismo, antes de conocerla a fondo, con qué oprobio de nuestra raza — enluta Ud., hace cuatro años, el infausto suelo de mi patria.

Cumpliré también, pues, con ese deber ingrato, con abnegación y patriotismo.

Procedamos con método en nuestras reflexiones y defensa — y sigamos el orden de sus ataques.

## VII

Dice Ud., *que después de haberme gastado en Buenos Aires a fuerza de explotaciones, entre las cuales, alguna me hubiera merecido cárcel perpetua en cualquier país bien organizado, volví a mi patria con la idea de hacerme de una posición a toda costa, trayendo además, en reserva, un proyecto de Banco Nacional.*

No fue Ud. el primero que inventó y repitió contra mí, vulgaridades tan ultrajantes, apenas pisé el suelo de mi patria.

Allí el personalismo injuriante de aldea, está a la moda en la prensa, de todos los matices.

Cabe al "Siglo" la gloria de haber sido el creador de esta escuela, que después no sólo fue secundada, sino excedida por la prensa de otros colores, pudiendo afirmarse sin temor de ser des-

mentido, que no hay en Montevideo una sola reputación que no haya sido ajada por la virulencia de los unos y los otros.

En represalia de esa escuela fundáronse bajo su dictadura, coronel, los "Principistas en Camisa", que no fue sino un inmundo pasquín para calumniar *oficialmente* la vida privada de los hombres de la oposición.

Se empezó a comprender entonces, las consecuencias prácticas de los anteriores desbordes.

Se vio cuán pernicioso es saltar ciertas vallas, y poner el arma de la personalidad en manos de la plebe, que no sabe sino hacer de ella el arma de la difamación.

Pero el mal es más fecundo que lo que se cree. Se hace epidémico, cuando no se le combate enérgicamente y a tiempo.

Así se ha visto, que nuestra prensa persiste envenenada, y que hombres y partidos han echado y siguen echando mano de la injuria y del personalismo, como medio de propaganda y de combate. Ella, por lo general, no ha sabido ni sabe sino hacer reír o llorar — todavía no sabe hacer pensar.

El personalismo y la calumnia, eran semillas que debían germinar en ese terreno demasiado fecundo.

Fuerza es entonces generalizar estos síntomas, descubriendo en ellos una enfermedad de raza, tal vez incurable — que acusa la debilidad, al mismo tiempo que la vehemencia impaciente de nuestro carácter.

La fuerza, como el verdadero valor, como la verdadera sabiduría son siempre moderadas.

La violencia, la injuria, la irreflexión, la ligereza, esconden siempre la ignorancia, la cobardía o la debilidad — ocultan la sinrazón y la injusticia.

Todo esto, como ya antes lo he dicho, no es sino una faz evolutiva del canibalismo charrúa que arde en nuestras venas.

Vale por lo mismo, la pena de no pasar por lo alto estos síntomas tan pronunciados de la hidrofobia de un pueblo. Merece consagrarse algunas páginas a esta malaria social.

En ocho meses que he vivido en mi patria, he podido apercibirme, que casi todos los cerebros viven opilados por la congestión del odio. Que casi nadie escapa al tétano de la envidia.

Volviendo a ella después de diez y seis años, me pareció encontrarme entre una sociedad de erizos, y nunca tuve más miedo al fenómeno de la *adaptación* que entonces.

Hasta los publicistas viejos y pacíficos como el señor Albistur, que escriben diarios *serios*, toman su *sopita de ajos*, todos los días.

¿Quién puede soportar luego el cructo literario de uno de estos hombres?

¿Quién no ve en el abuso de una alimentación excesivamente azoada, la razón fisiológica de esa intolerancia sanguínea, eruptiva, pletórica, avasalladora, que constituye el substractum de nuestro carácter?

¿Quién no ve un paso entre ella y la agresión personal, el insulto y la calumnia procaz?

## IX

Nadie quiere creer allí, que la mayor parte de los hombres viven bajo la tiranía del organismo — que la raza, la alimentación, el clima, la educación política, lo poco difundida que está la ilus-

---

---

tración, hacen nuestros instintos carnívoros, y nos dan esas propensiones hereditarias a la agresión y al crimen.

Allí, casi todos los caracteres son angulosos; en alto grado susceptibles, celosos, apasionados y automáticamente ferinos.

¿Cómo es que nadie, antes que nosotros, se ha detenido a estudiar en este estado sociológico, las causas mórbidas de nuestro estado político?

¿Cómo es que nadie echa de ver allí, que esa zona intermedia entre la razón y la insanía, de que nos habla Maudsley, parece borrada de la mayor parte de los espíritus?, que el *virus vesánico* está latente en casi todas las organizaciones, que hay capítulos enteros de nuestra historia que más que la de un pueblo cristiano y civilizado, son la historia de un pueblo enfermo de *corea polírica*?

¿Cómo es que nadie se fija, que precisamente es ese fondo de orgullo, de vanidad y absolutismo que hay en el carácter de nuestra raza, lo que nos hace refractarios a toda sociabilidad, y lo que hincha de tal modo nuestras pretensiones, que nos hace recíprocamente ridículos los unos a los otros?

¿Quién no ve que allí todas las pasiones están en estado de nebulosa, en su primitiva forma caótica?

¿Quién no ve que hay tan sólo muy pocos tipos selectos, en quienes se hayan operado ya esas condensaciones, que las modifican, despojándolas de esa forma ostentosa y hueca, estúpidamente franca y ambiciosa que pugna con toda educación, con toda cultura y buen gusto?

¿Qué son todas esas formas suntuosas, que hemos dado a la prodigalidad, al lujo, a la edificación, al arte, sino el reflejo de esa imprevisora vanidad, que enciende ilimitadas ambiciones en nuestras almas?

¿Qué significa esa arrogancia fronteriza del quijotismo, que embarga el buen sentido de las más claras inteligencias? ¿Qué significa, dónde está la causa de esa petulante intransigencia de hábitos y opiniones, despreciativa y pretenciosa, que recrudece de una en otra generación, obstaculizando el verdadero espíritu de asociación, y toda inteligente disciplina en las ideas y los sentimientos de progreso?

¿Cómo se explica esa animadversión celosa hacia el mérito ajeno, ese sentimiento recóndito de injusticia mutua que excita el odio en todos los corazones, ese ensimismamiento envidioso en que viven la mayor parte de los hombres, denigrándose mutuamente, empequeñeciéndose, calumniándose a veces por aprensiones, por inducciones, por sospechas, por simples necedades?

¿Por qué tan a menudo se confunde allí la afectación con la modestia, la dignidad con el orgullo?

Se cree que es rebajarse ser atento — adulator ser fino y complaciente — farsante, ser sociable.

Me he fijado mucho que cada hombre que algo vale, aspira a hacerse de una pequeña corte, a acaudillar un pequeño círculo y emanciparse de todas esas atenciones, para con sus semejantes, que impone la vida social.

Empieza por aislarse — y como Don Timoteo el de Larra, *por no visitar a nadie*.

Huyendo de la contradicción, repudia el trato de sus iguales, que es la condición de todo progreso y el triunfo de la razón y del sentido práctico sobre las preocupaciones de todo género.

He conocido y observado, mientras he vivido allí, más de uno de esos misántropos que pasan por lumbreras, y están persuadidos que el país entero no aparta los ojos un instante de su importante humanidad.

---

No hay un solo centro social, una sola tertulia literaria familiar, donde tengan sus puntos de reunión los talentos más elevados del país. — Nadie quiere hacerse violencia, nadie quiere hacer el menor sacrificio a la vida social.

El prurito de tener una corte de necios aduladores es tal, que hemos visto a presidentes ilustrados no tener otro círculo que el de unos cuantos familiares — entre los que podía contarse más de un bufón, pero ningún hombre de ilustración seria, de altura o de consejo.

Así marchaba el país — oscilando siempre sus destinos, entre la petulancia y la chismografía de villorrio.

Preferimos, antes que ser benévolos y justos con nuestros compatriotas, antes que disimular sus errores, desacreditarlos a los ojos del extranjero, y complacerle para recibir el homenaje de sus adulaciones fáciles e interesadas. El sentimiento nacional no existe en la práctica, por eso es tarea de Sísifo, entre nosotros elaborar el nacionalismo, base de la nacionalidad.

¡Cuántos grandes infortunios tiene su raíz en estas pequeñas miserias!

Enjuiciase allí al hombre, por sus opiniones, por sus modales, pocas veces por sus actos.

Por aquéllas se induce, se prejuzgan o se calumnian éstos.

Las aspiraciones sobre todo. Es difícil que haya país sobre la tierra en que sean más incommensurables, más impacientes, ni las ambiciones más fantásticas, más insensatas, ni en que los hombres estén de más buena fe penetrados de su superioridad, los unos sobre los otros.

## X

Sin ir más lejos, Ud. Coronel, ¿acaso no se cree superior a sus ciudadanos más ilustrados? ¿Ni cómo podría Ud. dejar de creerse en un país donde sólo se da importancia y está libre del insulto la fuerza y el oro?

Por ventura, Ud. con la fuerza en sus manos, embriagado por los vapores de la adulación de sus cortesanos se apercibía acaso de que hacía un papel ridículo y ofendía a la cultura y la sociabilidad de su país el día que, en el discurso que leyó en el Solís en la fiesta de distribución de premios a los Expositores Nacionales pronunciaba en tono enfático y voz altisonora y de mando *dino* por digno, *produtos* por productos, *efeto* por efecto, *chotebroc* por Chuts y Brooks?

Tanta es su vanidad, Coronel, que estoy seguro que en esos momentos no creía Ud. inferior su talla oratoria a la de un Mitre, un Sarmiento o un Avellaneda.

¿Por qué no había Ud. de pronunciar también discursos como los *dotores*?

¿Por qué el *Presidente* de la República Oriental no habría de hacer conocer al mundo su incomparable elocuencia, como los presidentes argentinos?

¿Por qué no habíamos de ofrecer a las gentes en tan solemne instante ese *échantillon* escogido de nuestra civilización?

Se burla Ud. Coronel de las aspiraciones hereditarias a la presidencia de aquella República acariciadas por el ciudadano Don Fortunato Flores?

Bien se deja ver que Ud. no ha leído todavía la máxima escrita en el templo de Delfos.

---

---

Recurra Ud. a la erudición de su Ninfa Egeria, si desea saber lo que allí estaba escrito.

Cuando Ud. lo sepa, convendrá que sus ambiciones no son menos insensatas que las de este ciudadano o las que probablemente ya abriga de sucederle en el mando su teniente Don Máximo Santos.

Audacia, profanación, sin límites de la sociabilidad por todas partes, vanidades de manicomio, impaciencias de sátrapas, violencias de sultanes, pasiones de caribes, odio profundo a todo lo que es ilustrado, fiebre de oro, corrupciones bizantinas — tales son los productos de nuestra eterna anarquía, que he encontrado yo fermentando en la superficie de la sociedad de mi patria — tales las capas de betún y de lava que oprimen las fuerzas volcánicas que mugen en los senos ocultos de esa sociedad adormecida, y que reventarán un día, para ahogar con sus cenizas la podredumbre de quince lustros de barbarie.

## XI

Por eso, allí donde tanta predisposición nativa hay a la arbitrariedad, a la dictadura, al absolutismo y a la violencia. ¿Hay que extrañar algo que haya tantos dictadores, tantos *difamadores familiares*, tantos que viven de la *explotación del escándalo*?

Hay por otra parte nada más lógico que Ud. representante feliz de esa herencia española acaudille hoy las huestes de la barbarie y presida la danza frenética de tantos *famélicos* coribantes?

Sería Ud. bárbaro, difamador, asesino y otras cosas, Coronel, si desgraciadamente no hubiera en mi patria quienes antes le hubieran dado el ejemplo?

¿No hemos visto allí recibir bajo arcas triunfales a los asesinos de Quinteros y hacer la apoteosis solemne de Don Manuel Oribe?

¿No hemos visto allí a la prensa de todos los matices desencadenar como Eolo, los vientos del personalismo para cosechar furiosas tempestades?

## XII

Estamos por desgracia, hartos lo comprendo, en ese período de la infancia de las sociedades, en que impera el comunismo moral — en que ni la reputación, ni el crédito, ni la gloria, son una propiedad reconocida, ni un derecho respetado.

En que todo el mundo tiene el poder de despojar a otro de esas preciosas adquisiciones, fruto feliz de las facultades y méritos individuales.

A este respecto, nuestro país es un desierto, una pampa, una inmensa sabana, donde puede hacerse impunemente el pillaje de la honra ajena.

No hay allí conciencia todavía de esa síntesis moral que se llama el crédito, la reputación o la gloria intelectual o política de un hombre — tan fácil se cree destruirla, tan útil a la República anonadarla.

Son propiedades éstas, que no tienen títulos registrados todavía en una sociedad semi barbarizada por el orgullo, el odio, la ambición y la envidia.

¡Odioso comunismo de aspiraciones! — infernal turbión de pasiones incontenibles y desenfrenadas. — ¡¡Cuándo cesarás de devastar mi patria!!

¡Cuándo será el día que los hombres inteligentes e ilustrados estén al frente de los destinos de aquel pueblo, y constituyan como

en Chile, una aristocracia moderadora, dispensadora del mérito, directriz de la opinión social!

Ved cómo se respeta el mérito literario o científico en otras partes — él es el primer aliado de todas las clases ricas y laboriosas de la sociedad.

Sólo entre nosotros no atrae simpatías — sino por el contrario, poseerlo es hacerse blanco de odios, de recelos y de antipatías profundas.

Es decretarse la animadversión social. — Sed faisán, sed ave del paraíso en un país como ése, y estad cierto que no faltan cien montaraces de zurrón a la espalda y polainas de cuero que os apunten y os maten al primer vólido, — lo mismo que se apunta y se mata un mísero chajá en las selvas vírgenes de nuestros campos.

### XIII

Pensando así, ¿qué pueden sorprenderme sus asertos?

¿Sorprenden por ventura al médico las convulsiones y el delirio previstos del enfermo?

¿Acaso tiene Ud. conciencia de lo que es una reputación?

¿Acaso la tiene don Clodomiro Arteaga, Don Francisco Xavier de Acha, Don N. Fortinho y demás *mozos de pluma* que le rodean?

¿Quiere Ud. que sepa lo que es el crédito del Sr. Arteaga, que si mal no recuerdo ha *quebrado* siete veces lanzas con diversos acreedores en su larga y variada peregrinación comercial?

¿Quiere Ud. que lo sepa el Sr. Comendador Fortinho, que también fue *desgraciado* en sus empresas bancarias en el Brasil, y que entre nosotros se ve mimado por su rara facundia, aún de aquellos que por decoro y patriotismo debieran darle con la puerta en las espaldas?

Del Sr. Acha, nada digo porque creo que Ud. como todo el mundo conoce a fondo a ese personaje y está al cabo de sus *desgracias*.

No crea que yo le quiero mal. Lejos de eso. Nada hay que yo deplore más que un gran talento que pierde su equilibrio.

Es como un asteroide que vaga extraviado e ignoto por los espacios, cuyo fatal destino es inflamarse como los aerolitos antes de abismarse en las regiones de algún planeta desconocido.

¿Sería Ud., Coronel, el planeta en que habría venido a abismarse ese rutilante asteroide?

¡Quién sabe!

### XIV

Después de todo no puede negarse, que pocos déspotas han formado una corte literaria, financiera y militar más selecta que la suya — ¡Militar sobre todo, mi coronel!

Ha tenido Ud. el talento de reunir las más brillantes glorias de nuestra patria. ¡Cuánto servidor ilustre ha sabido Ud. sacar de la oscuridad para dar esplendor a su reinado!

¡Cuánto reinícola desconocido y fervoroso había tenido el país sin que nadie lo sospechara!

¡Cómo había habido todavía afición entre nosotros al olor de la carne humana!

¡Pero a qué proseguir, Coronel, en estas divagaciones filosóficas!

¡Le ha dado tiempo a Ud. aquella sociedad para que perfeccione su educación, y eduque sus instintos morales y materiales?

La necia vanidad y la miopía de algunos de nuestros gobernantes, no hicieron de Ud. pobre mozo, valiente, sí, pero sin educación y sin cultura, el hombre de confianza de graves y complicadas situaciones políticas?

¡Creían que Ud. cocinaría siempre para otros! ¡Qué disparate!

No se puede pedir a la fiera hambrienta tanta abnegación, tanto patriotismo!

El arco de la dignidad social, no se ha ido poco a poco encorvándose bajo la presión de sus manos?

¿Qué ha explotado Ud.? ¿De qué medios se ha servido?

No hay que calumniarle. De los que le ofrecía una sociedad profundamente trabajada por las pasiones y la anarquía, por el egoísmo y la corrupción; y más que todo por el desprecio para todas las virtudes cívicas.

Realizó Ud. en ella, la fábula de las ranas que pidieron rey a Júpiter.

Cansados de maderos, al fin Júpiter nos oye y nos envía en Ud. el *próvido Culebrón* que nos *pacífica* y llena su voraz estómago con los despojos de sus víctimas.

Ud., mi Coronel, a los ojos de un filósofo como yo, no es más que un tumor, un absceso, un enorme divieso, que ha concentrado en su *sacus* algunas de las cualidades vivaces de nuestra embrionaria civilización, y todos los malos humores de aquel desgraciado pueblo.

Con una gota del pus que destila su alma, habría bastante para infeccionar la humanidad entera.

Su gobierno es una pústula vergonzosa en la nariz de mi patria que, delata al mundo una profunda enfermedad social.

Pero al fin, yo, bendigo el mal, cuando invade los tejidos de la periferia del cuerpo.

Eso indica que la vida del organismo no está del todo comprometida, que el *virus no es constitucional*.

Aún no se notan en él accidentes terciarios.

## XV

Ahora bien, Ud., allí, dueño de vidas, leyes y fortunas, ¿podía dejar de creerse señor y dueño también de honras?

De ningún modo, Coronel.

Eso habría sido pedir milagros a sus ambiciones.

Pero no es lo mismo creerse dueño, que serlo, de esta clase de propiedades, que no están sujetas a ocupación, ni a despojo cuando la víctima se ha colocado fuera del alcance de su implacable jurisdicción.

No basta entonces la afirmación vaga y gratuita —es menester apuntar el hecho concreto y suministrar la prueba.

Y bien. —Cite Ud., si puede, señor, —cite Ud., un hecho, un solo hecho, en que el ciudadano D. Angel Floro Costa, haya explotado a nadie, uno solo que hubiera podido merecer la cárcel perpetua, en una sociedad bien organizada, como Ud. dice, uno solo que deje empañada su honra de letrado, de hombre social, de escritor, de patriota, de caballero. —Cítelo Ud. precíselo Ud. —Yo le provoqué, yo le desafié a ello, y constituya aquí, ante esta sociedad libre, alguien que responda de sus infames denuestos, para que caiga sobre él y sobre Ud. la marca candente que los romanos aplicaban sobre la frente del vil calumniador.

Dice Ud. que volví a mi patria *con la idea de buscarme una posición a toda costa, en ella, trayendo además de reserva un proyecto de Banco Nacional*.

Nunca he creído que fuese un delito volver a su país natal, en busca de una posición social que no hubiese podido encontrarse en otra parte.

Nunca he creído que la patria fuese sólo de los que no han abandonado su suelo, y que quedase prescrito el derecho de incorporarse a ella, en las condiciones que las leyes garanten al último de los ciudadanos.

Pero no es cierto que yo haya ido a *buscar a toda costa una posición* en ella —primero porque la había conquistado ya fuera de mi patria —segundo, porque nunca aspiré en ella a ocupar puestos políticos como se lo probaré, con documentos que *están en sus propias manos* —tercero, porque al incorporarme a ella, no golpeé sus puertas como un advenedizo; según me ha presentado la prensa ma-zorquera de todos los matices, sirviendo así consciente o inconscientemente su política; sino precedido de un nombre bien reputado en el foro de Buenos Aires, y algo conocido ya en el mundo de las letras, con un capital de elementos materiales para el trabajo, que tal vez ningún ciudadano ha importado en mayor escala que yo, al volver a su país.

Dejemos hablar, una vez por todas, a los testigos y los hechos; ya que la incurable mezquindad de mis progresistas conciudadanos, de que Ud. se ha hecho eco ruidoso, me fuerza a ellos.

Dieciséis años de rudo y honesto trabajo, me abrieron en esta hospitalaria ciudad, las puertas del bienestar, que jamás han permanecido cerradas sus facultades al movimiento activo de la vida social.

Conquistado el bienestar, el crédito me ayudó a conquistar la propiedad.

Estoy lejos de ser rico, pero he llegado a poseer algunas comodidades, cuya módica renta contribuye a subvenir las necesidades de mi vida y las de mi numerosa familia.

Aunque este hecho es notorio para todos los orientales que me han conocido y conocen mi posición en Buenos Aires, puede allí mismo, entre muchos que podría citar, dar testimonio de ello, mi joven e ilustrado amigo, D. Joaquín de Salterain, Secretario hoy de la Facultad de Medicina, que fue mi dependiente durante la emigración y corría con la cobranza de mis alquileres.

Pídole que dé públicamente fe de la verdad de estas líneas.

A más de algunas propiedades que poseo aquí y de cuya renta subsisto, allí mismo es notorio, poseo algunos bienes de fortuna heredados de mis padres, y que llevé al país, a más de una vasta Biblioteca, compuesta de 3.000 volúmenes y 1.500 folletos que vale un capital, una parte de mi rico mobiliario y demás accesorios que constituyen el bienestar de una familia —sin contar el dinero efectivo que llevé para instalarme, pudiendo la respetable casa de Marini y Cía., en ésa, dar testimonio de haber movilizado, por ella sólo, fondos por cerca de \$ 9.000.

Véase, pues, si al regresar a mi país, llevaba elementos de independencia personal, sin contar lo que me lisonjeaba poder adquirir en el ejercicio honesto de mi profesión, y las entradas del valioso estudio que dejé en ésta en liquidación, y de que he vuelto a hacerme cargo.

No es cierto pues que yo haya ido allí a conquistarme una posición que tenía conquistada en otra parte —por más que haya llevado legítimas aspiraciones de mejorarla— y tan infames a este respecto son las calumnias que Ud. estampa en su diario oficial como las que ya antes había estampado del mismo género, el diario "La Razón", para confundir las cuales, recibí varios testimonios *escritos*, estando allí, de los correligionarios políticos más importantes de ese diario; que constataron los servicios valiosos y desinteresados que les

hice durante la emigración, no obstante haberlos combatido antes en mis escritos, no obstante estar en desacuerdo de ideas económicas y políticas con esa ilustrada fracción.

Sin una posición social, cómoda y desahogada ¿habría podido prestarles yo esos servicios?

No publico las cartas, por no hacer extenso este folleto, por tener que publicar muchos otros documentos, y porque estando ellos allí, fácil les es dar testimonio público y privado de la verdad de estos hechos, que pondrán en transparencia las odiosas calumnias de "La Razón", de "El Siglo" y de "La Nación", y demás órganos virulentos de aquella anarquizada sociedad, rompiendo de algún modo un silencio incalificable, que mucho compromete a mis ojos la nobleza de sus sentimientos, y la constante caballerosidad que siempre les he atribuido.

XXXVI

La última vez que estuve con Ud. fue en su despacho. A él fui llamado por insinuación del Sr. Montero, que me dijo: —*El Presidente desea hablarte.*

Entré, y en la cara le conocí que estaba Ud. furioso, demudado. — Era en esos días que yo sostenía una polémica con el "Siglo", en defensa de mis ideas bancarias.

Mis libres apreciaciones sobre la situación económica del país, le habían a Ud. profundamente contrariado, o al menos lo afectaban a Ud.

Hoy tengo motivos para creer que todo fue una comedia de su parte. — Después se sabrá por qué.

Me increpó Ud. que pintase la situación con *tan negros colores dañando su política y dejándome llevar a todo trance de los deseos de hacer un negocio* (sic):

—¿Qué cree doctor, prosiguió Ud., que yo no sé lo que van Uds. a ganar? y a qué obedecen las apreciaciones que Ud. está haciendo en la prensa? — Ayer mismo llamé a N.N. y a N.N. y les he interrogado y careado sobre esa negociación. — Sé ya quien les proporcionará el capital, cuánto va a ganar Ud., cuánto N. y cuánto N., y le prevengo que no he de consentir que *Uds. desacrediten al país para hacer un negocio* (textual).

Ya puede el lector figurarse la sorpresa que me causarían estos despropósitos, esta incontinencia en calumniar intenciones, atribuyendo a móviles tan absurdos como mezquinos, los conceptos libremente emitidos en un debate por la prensa que tenía por espectador y juez al país entero. — ¡Oh cómo se dibujaban en su movible semblante las desconfianzas y los celos ruines que Ud. abriga contra todo lo que no se identifica con el inclemente personalismo de su política.

Siguió Ud. profiriendo vulgaridades por el estilo, y llegó a decirme que el día antes había tenido hasta la *intención de lanzar un manifiesto contra mí.*

Pero, Sr. Presidente, llegué por fin a replicarle, cuando pude usar de la palabra. — ¿Qué necesidad hay de nada de eso ni de que V. E. se irrite tanto, cuando V. E. tiene en sus manos los medios legales, si no le gusta el proyecto que patrocino de desecharlo, poniéndole un *no ha lugar.* ¿Ignora V. E. que él está con el informe de la Contaduría al despacho del Sr. Ministro, quien entiendo lo ha encontrado bueno?

—En cuanto a lo que dice el Sr. Presidente, sobre lo que yo y la empresa que dirijo, pensamos ganar con la negociación de la concesión y fundación del Banco, me parece que es un asunto particular, que en nada atañe al Gobierno, ni influye en lo mínimo sobre la bondad o inconveniencia de la idea.

—Por otra parte, Sr. Presidente, por lo que a mí hace, debo decir a V. E. que no hay ley ni principio alguno moral ni de derecho que prohíba a un abogado lucrar con su inteligencia, puesta al servicio de una grande idea de progreso, que trata de introducir ingentes capitales al país. — Me parece que esto es lo más lícito del mundo, y siento que V. E. se haya tomado tanto trabajo para tomar informes exagerados de otras fuentes sobre el particular, pues, con haberme llamado, yo habría satisfecho su curiosidad, si hasta eso deseaba saber V. E.

—Los mismos informes, hubiera dado a V. E. mi patrocinado, representante de la empresa — y de ellos habría visto V. E. cuán exageradas son esas versiones, y cuán infundadas son las apreciaciones de V. E. que atribuye a móviles egoístas por mi parte, opiniones que hace siete u ocho años vengo sustentando en innumerables publicaciones que he hecho sobre bancos.

—Pero es que Ud. doctor ha ido muy lejos en sus apreciaciones sobre la situación, pues, no es como Ud. la pinta.

—Tal vez Sr. Presidente, pero me permitirá V. E. le recuerde que el Sr. Presidente en su discurso de clausura a las Cámaras, que es un documento oficial de grande importancia, ha ido más lejos que yo en sus apreciaciones.

—Fuera del país, señor, se lee todo lo que aquí se escribe —contestó Ud.

—Habrán leído su mensaje también, señor Presidente, y en ese caso V. E. ha hecho mal en emplear el lenguaje franco con que se ha dirigido a la Nación, haciéndole conocer la deplorable situación del país.

Pero desengañese, señor, la opinión no se forma por las publicaciones de la prensa, sino por los datos estadísticos que traducen fielmente la situación económica y política de un país — y no es con artificios que han de venir al país los capitales que necesitamos para levantarlos de su postración.

La crisis es más honda y grave que lo que a V. E. le parece, y se necesita mucho tino y patriotismo para conjurarla.

### XXXVII

Ud. que no estaba habituado a que se le replicase en este tono franco y digno a la vez que respetuoso, estaba visiblemente incomodado con mis respuestas, aunque en honor a la verdad, guardó Ud. conmigo, los miramientos y compostura, que son de rigor en el salón de despacho de un gobernante.

Recordará Ud. que su prensa me injurió y me impuso silencio al día siguiente. — Tales fueron los medios que Ud. empleó para poner al descubierto lo que Ud. llama *mis maquinaciones financieras*, reducidas a la redacción de una *memoria y proyecto* que están publicados en dos o tres diarios de ésa, y que fueron discutidos en todos los tonos por la prensa.

Tales los medios que Ud. empleó para *apremiarme según se dice, a que le confesara que tenía vendida la concesión en un millón de francos* (en aquellos días dijo de *duros*, su prensa oficial) lo que es falso, pues, yo no hice, ni pude hacerle una confesión de lo que no existía — de lo que aún no se había concedido.

Cualquier hombre de sentido común, sin ser jurista ni administrador, le dirá a Ud. Coronel, que tales medios son indignos de un gobernante — y mucho más indigno y vergonzoso, confesar que se emplearon tales "apremios".

Porque ningún gobernante a menos de no ser un déspota y un tirano como Ud., tiene derecho, para llamar a su despacho a un ciudadano honorable e ilustrado, para atribuirle móviles mezquinos en las opiniones que libremente emite por la prensa, y hacerle necias increpaciones sobre ellas.

Porque ningún gobernante, a menos de no ser un déspota o un tirano como Ud., manda al siguiente día, llenar de improperios, de injurias y de denuestos a un ciudadano honorable e ilustrado (como medio indirecto de rechazar un proyecto financiero tendiente a mejorar la situación del país, entregando su nombre al ludibrio público, *para apropiarse más tarde el mismo pensamiento* y llevarlo a cabo CLANDESTINAMENTE con otros capitalistas extranjeros.

Porque si el pensamiento proyectado era malo, y no merecía la aprobación del gobierno, se le pone un *no ha lugar* redondo, — y se devuelve — pero no se aja a los hombres, no se les ridiculiza en el escenario de un circo, ni se les entrega a la claque asalariada de la prensa para que despedazasen su reputación.

Porque si hay otro pensamiento mejor, se entrega al público para que lo conozca el país, lo discuta y sepa a qué atenerse sobre la honradez del gobernante que *sabe deshacerse* de las personas para *aprovecharse hábilmente* de sus ideas.

### XXXIX

Así está el país, así está Montevideo.

El hálito de la muerte, como en el seno de un vasto Panteón, se respira por doquiera. — El eco de la miseria se difunde por todas partes, sin que basten a sofocarlo sus afanes, por llenar de agasajos a los forasteros que visitan nuestras playas y a los diplomáticos acreditados ante su corte, mientras que guarda para sus conciudadanos, el Taller de Adoquines, el garrote nocturno, el puñal de sus sicarios, la calumnia y el insulto de su prensa oficial, el terror en fin, bajo todas las formas.

Tales son los medios que Ud. emplea para acallar las resistencias cívicas, para ahogar la opinión e impedir que ella denuncie al Orbe sus expoliaciones, sus robos, sus arbitrariedades, los tormentos bárbaros y los asesinatos perpetrados en el silencio misterioso de las sombras y que allí apenas osan repetir, labios temblorosos por la desconfianza y por el miedo.

Es viviendo algún tiempo en Montevideo, que recién se viene en cuenta y se sabe lo que ha pasado y pasa allí —y aún así mismo, muchos no lo saben.

Se siente por todas partes el estupor y la congoja del aislamiento y la desconfianza — el hielo del egoísmo — la comprensión de las reservas y el disimulo — el marasmo general en los negocios — una atonía completa en la vida comercial, una reducción aterrante en los consumos, la abolición absoluta de todo lujo, la extinción total del crédito, la inanición de todas las esperanzas — la parálisis invadiendo todo el organismo social — y el silencio sepulcral de sus calles, interrumpido tan sólo por una que otra escuálida carretilla, cuando no por las lúgubres pisadas de la tropa de línea que marcha a sus acantonamientos, o durante la noche por uno que otro tren de artillería volante que corre a las riberas a saludar los buques de guerra, que suelen de mañana entrar en el puerto.

Aquel Montevideo, antes tan lleno de esa luxuriantes vitalidad de los pueblos jóvenes, henchido de ilusiones, de fiestas y esperanzas — ya no existe.

Hoy se vive allí, bajo un verdadero estado de sitio en medio del terror, de sobresaltos continuos — todo está estancado, muerto.

El ambiente que se respira, está impregnado de vapores palúdicos, como el que se escapa de las emanaciones pontinas de la playa.

Las angustias del espíritu, bajo las que gime aquella desgraciada población, están preparándonos una generación de epilépticos. ¡Pobre Montevideo, pobre patria mía!

## SEGUNDA PARTE

# El Proceso

### XLIX

Empezaré por preguntarle, Coronel. ¿Sabe Ud. lo qué es un panfleto?

No lo sabe, sin duda. —Tal vez su instrucción literaria no llegue a tanto. —Se lo diré entonces.

Cormenin, el popular Timón, lo define —LA ARTILLERÍA VOLANTE DE LA PRENSA.

*Pablo Luis Courier*, dice de él que ES EL ARMA MÚLTIPLE DE LA LIBERTAD.

Otro escritor que no recuerdo, hablando del panfleto y de sus variadas formas —dice que es el yambo con Arquiloco, la comedia con Aristófanes y Naevius —el diálogo con Luciano, el epigrama con Marcial —la sátira con Juvenal y Varron —el discurso con Cicerón —el opúsculo con San Pablo y San Basilio —la epístola con Pascal —la anécdota con Voltaire —la canción con Veranger —la oda con Víctor Hugo.

Ya sabe Ud. lo que es un panfleto. Comprenderá Ud. también ahora por qué he debido adoptar esta forma múltiple y varia para mi acusación y mi defensa.

¿Qué será el panfleto en mis manos?

Eso no puedo decirlo yo todavía.

Eso lo dirá el país mañana. Eso lo dirá el porvenir.

En el mío encontrará Ud. de todo. Diálogo, discurso, anécdota, epístola, sarcasmo, sátira, epigrama, y aunque con prosa, es posible que las manos de los muertos que él evocará de sus tumbas, presten a mi acento el lirismo de la Oda, y la entonación profética del Himno de la Patria.

*¡Si enemigos la lanza de Marte!*

*¡Si tiranos de Bruto, el Puñal!"*

Y ahora bien. ¿Quién era Ud., quién es Ud., Coronel, para calumniarme tan sin piedad, para lanzar mi nombre a los vientos de la difamación pública para arruinar y degradar tanto a mi patria?

Ud. es un Coronel de la República. Lo sé; que ha pasado ya en vida a la historia, "acuñado en medallas de bronce y níquel."

Ud. no ha querido ser "general". Lo sé también. Ha podido serlo.

<sup>1</sup> El busto de este tirano se acuñó el día de la fiesta de la Florida y se distribuyó al pueblo — yo lo conservo en una hermosa medalla de níquel.

La Patria tendrá siempre que agradecerle ese rasgo político de astuta longanimidad y de desprendimiento financiero.

Ud., como Augusto, reservaba para su ambición y su vanidad formas más *positivas*. Ha rehusado los *títulos* para atenerse a las "realidades" del poder.

Ha hecho bien, ellas son las únicas que, hoy por hoy, dan el triunfo y la fortuna.

Ud. no ha querido ser Rey, pero en cambio se ha contentado con ser Cónsul, Pro-Cónsul, Príncipe del Senado, Censor de las Costumbres, Tribuno, Pontífice Máximo, y armado ya con la omnipotencia terrena, tan sólo por modestia ha aceptado que sus conciudadanos le aclamen *Deus é Imperator*.

Hábil ha sido su comedia, Coronel, y tal vez pueda Ud. algún día como Augusto, preguntar a sus adoradores —"¿He representado bien mi papel?"

Pero veamos ahora cuales son sus méritos para honores tan sobrehumanos.

El mundo debe conocer a César.

## L

No quiero interrogar su infancia ni su adolescencia.

No interesan ellas a la historia.

Quiero encontrarle a Ud. hombre ejerciendo empleos militares de graduación, y mereciendo la confianza de algunos de sus amigos políticos.

¿Cuál fue su primer proeza, Coronel?

Tender una celada indigna a su superior el Coronel Olave, a quien facilitó Ud. dinero de la Caja del cuerpo, para que, comprometido a su devolución, apelase en su aturdimiento a la fuga.

Ud. ocupó el mando del cuerpo —gozándose en que la mancha que era exclusivamente suya, recayese toda sobre el que sólo era culpable de ligereza y aturdimiento de haber puesto en Ud. una confianza excesiva.

## LI

Entre los más fuertes castigos que ha inventado su crueldad, recuerdan las crónicas asombradas, el de aquel soldado a quien Ud. hizo atar vivo con otro, muerto por él, en defensa propia, para que así "lo velase 24 horas", de cuyas resultas perdió la razón; y el de aquel otro acusado de estupro, mandó Ud. *pegar a su presencia* dos mil palos, al lado del cajón y las cuatro velas, que debían alumbrar sus despojos.

## LII

Entre sus diversiones favoritas de cuartel ¿quién ha olvidado, el suplicio de aquel pobre curandero o "Tata Dios", a quien en vez de caña brindó Ud. aguardiente?

El lo rehusa, Ud. se lo arroja al rostro, y a su larga y poblada barba bañada con el líquido, arrima Ud. un fósforo que la incendia y quema vivo al desgraciado, provocando con sus ayes lastimeros, sus satánicas carcajadas, al revolcarse en las torturas de los más atroces dolores.

¡Oh! cómo es que en esos rasgos de insólita ferocidad, no adivinaron ya sus conciudadanos, el germen de una futura tiranía.

¿Cómo es que en nuestro país, se entrega "jurisdicción y mando", a un hombre que tiene tales antecedentes?

### LIII

Era Ud. el hombre de confianza del Presidente Ellauri, reposaba sobre su HONOR MILITAR, la responsabilidad de toda una situación política.

—El Dr. Ellauri le había favorecido pecuniariamente de todos modos. — El día 14 de enero, le pedía Ud. "seis mil pesos prestados" y el 15, era Ud. el primero que encabezaba el motín militar que lo derrocaba.

Es público que Ud. y algún otro de sus compañeros de rebelión, se repartieron el día 17, el rico botín del Erario Público.

Es público también, que su cuota fueron 50.000 pesos. Trepó Ud. al Ministerio de la Guerra — y es inmediatamente comisionado para trasladarse a la Florida a pacificar al país, que reaccionaba a favor del doctor Ellauri.

Entre los jefes que se habían alzado en armas en defensa de la autoridad constitucional, el General Aparicio era uno de ellos. Ud. hace entender al gobierno provisorio, que el sometimiento de este caudillo, imponía al tesoro la erogación de 80.000 — que el gobierno surgido de la revolución no trepidó en conceder, a trueque de evitar al país la efusión de sangre.

Ud. recibe la suma, "para entregarla" al General Aparicio, pero de ella nunca recibió éste ni un solo peso.

Tengo estos datos de fuentes fidedignas e "irrecusables", por haber sido actores en los sucesos de aquella época.

Su ambición de oro, recién empezaba a despertarse.

A los pocos días exige Ud. otra suma del gobierno para acallar las exigencias de algunos de los jefes que rodeaban al General Aparicio, ella le es entregada, no recuerdo la cantidad, y como la anterior, "tampoco fue a su destino".

### LIV

En esos días tuvo Ud. por bien hacer su aparición a la vida social en carácter de PROPIETARIO — ¡Era ya tiempo!

Compró Ud. la antigua quinta de Juanicó, en 50.000 pesos.

Una casa en la calle Convención, otra en la de Reconquista, para su señora madre, y otra en la de Daymán para su señora suegra.

Eso sí, es Ud. buen hijo y buen pariente y no puede reprochársele mal empleo de las economías de su peculio castrense.

Para todas estas erogaciones, la Contaduría abrió una cuenta a nombre de D. Lino Heroza, que apareció al poco tiempo, en virtud de ella, deudor al Fisco de la suma de 300.000 pesos, cuya mayor parte le había sido, como he dicho, *confidencialmente* entregada a Ud. para los objetos *pacíficos* para que la había solicitado.

Poco tiempo después, Ud. hacía comprar liquidaciones al 10 % a D. Lino Heroza — cuyo pago se ordenaba a la par, y por este medio hábil y decoroso, se amortizaba esa cuenta hasta quedar reducida a la suma de 50.000 pesos los mismos por los cuales Ud., burlando la confianza del amigo, le dejó hasta ahora colgado — ¡Siempre felón, eternamente felón!

Excuso decir, que el expediente, según versiones fidedignas, visitó todos los trámites de estilo, como ser vista fiscal, y otros que son de rigor y de forma en tales casos.

Durante la administración del Sr. Varela, es Ud. ya quien gobierna.

Nadie puede contra su insubordinada e indómita voluntad.

Hay mil episodios íntimos del gobierno de aquellos días, que se me han referido y justificado, que convencen de esto y lo ponen en evidencia ante la imparcialidad de la historia.

Todo el poder, toda la influencia humanitaria del Sr. Varela y también la del Ministro de Hacienda D. Cándido Bustamante, corazón tempestuoso y ligero, pero franco, noble y humano, son impotentes para contener la sed abrasadora de venganzas que alimentaba su alma, contra la ilustrada fracción de oposición, a la que eran sus pretensiones asesinar, bajo el pretexto de una supuesta conspiración.

El Ministro Tezanos, participaba según dicen de algunas de sus vistas y le apoyaba hasta cierto punto en ellas.

La deportación a La Habana, fue la concesión que la debilidad indisculpable de un gobernante asediado de todos lados, por las presiones del fanatismo político, hizo a su ferocidad para rescatar la vida de un grupo inocente e inofensivo de ciudadanos ilustres.

En mis manos he tenido el acta de la sesión secreta de la Cámara de entonces, que en copia legalizada está aquí en Buenos Aires, en la que se interpeló al Ministro Tezanos sobre ello, y ella arroja luz a la vez que sobre el carácter de la trama, sobre los móviles de sus principales instigadores.

Hoy ya nadie pone en duda, que fue Ud. el alma de ese odioso atentado.

Bajo ese *provisorio* de su dictadura, quedó entre otras cosas su nombre, vinculado a una de las empresas de Faros, que mejorando las condiciones de nuestra navegación, convirtió a Ud. en *consolidado rentista*.

## LVI

Surge al fin la revolución principista, que debía hacer de su simpática figura militar, el doble héroe de las finanzas y la guerra de aquellos días ... y ..., allá ... por "El Siglo" de esa época, andan publicadas unas cuentas no menos célebres que las que en la Capilla de San Gerónimo en Granada, se enseñan a los viajeros que visitan la tumba que guarda las cenizas del Gran Capitán.

De Ud. puede también decirse como de él, "que cada uno de sus pasos fue un ASALTO y cada ASALTO una VICTORIA.

Hay una perfecta similitud entre cuentas y cuentas. Conviene recordarlas en globo.

*Cien millones* en palas, picos, azadones y *calzoncillos* para el Ejército.

... en frailes, monjas y pobres, para que rueguen a Dios por el triunfo de las armas del gobierno — contra la reacción Nacional.

... en pólvora y balas.

... en guantes perfumados para preservar a los soldados de la pestilencia producida por los cadáveres enemigos, tendidos en el campo de batalla.

... por renovar las campanas destruidas de tanto tocar en celebridad de las victorias del Ejército del orden.

... en habanos y aguardiente para el Ejército en un día de batalla.

... para mantener prisioneros y heridos (aunque por economía pocas veces se hacen entre nosotros).

... en sufragios para muertos.

... en ponchos, gorras y correaes para el Ejército.

... en espías y gratificaciones.

... Millones por la paciencia que ambos Capitanes han tenido de oír que se les pida cuentas, cuando acababan de regalar, a aquel un Reino, y Ud. una República *pacificada*.

Yo no sé si en los archivos del Sr. Villalba, como en los del conde de Altamira, encontrará algún día la historia los originales y *verdaderos* comprobantes de todas estas cuentas.

No lo dudo, porque el Sr. Villalba, <sup>1</sup> es bastante prolijo y su contabilidad ha sabido *equilibrarse* de tal modo con todas nuestras administraciones, que sus papeles no pueden menos de estar siempre en orden y clasificados por un método patriótico, nuevo, de su particular invención.

## LVII

Harto Ud. ya, de las condescendencias del Sr. Varela; que sólo fue la bondadosa etiqueta de aquella administración transitoria que preparó su tiranía y de la cual Ud. y los ex-ministros Tezanos y Lamas combinados en diversas proporciones según el equivalente específico de cada uno, componían toda la pócima contenida en el frasco; se decidió Ud. por fin, a dar en tierra con su gobierno, pagando con una nueva felonía al que había puesto en sus hombros las presillas de Coronel, y había disimulado sus depredaciones administrativas que por otra parte *tampoco tenía el poder de impedir*.

El contrato que había celebrado el Dr. Lamas con Mauá, durante la administración Varela, era malo y ruinoso para el país, pero el suyo, propuesto por un *dotor* de su confianza, a las 9 de la noche del mismo día que Ud. trepaba al gobierno, si no era tan malo, para la Nación, en el sentido de rescatar para el porvenir los privilegios del Banco Nacional, concedidos a aquél, era infinitamente más oneroso para el Erario, porque de las rentas de Aduana acordaba una indemnización mucho más abusiva al Vizconde de Mauá.

Malas lenguas afirman que la prisa que se dio Ud. en realizar esta negociación financiera, no fue del todo desinteresada y que pudo lograrse de su modestia aceptase la comisión de honor que es de rigor interviene en esta clase de negociaciones, cuando se hacen y proponen con tal premura por gobiernos revolucionarios.

## LVIII

Dueño absoluto Ud. ya, de los destinos del país, empezó a imprimirle esa sabia organización militar, de la que su aplaudida administración de cuartel, no era en otros tiempos, más que un ligero trasunto.

Amordazó Ud. la prensa, que como la Santa Bárbara de los barcos que se incendian, es lo primero que atacan las bombas; para que no reviente el buque, y dé en los abismos con la tripulación y la maniobra.

Armó Ud. el ejército, en seguida, decretando el Remington *arma nacional*, con lo cual a la vez desarmaba por mucho tiempo al pueblo.

Tapadas así todas las troneras y defendidas todas las casamatas pudo Ud., como aquel capitán Nemo, que nos pinta Verne en su célebre navegación sub-marina administrar electrivamente su peque-

<sup>1</sup> El señor Villalba, es el contador de la Nación.

ño bajel, tomando para más seguridad una buena parte en las concesiones de los Telégrafos del Estado —calarse sus escafandras y descender a los abismos a hacer la caza de las perlas cuyo criadero encontró Ud. en los cofres de la Contribución Directa, de que Ud. sabiamente ha sabido disponer como de su caja particular— dio Ud. también con los Galeones de Vigo, que puso a cargo de los Sres. Cabilla y Rodríguez para tener a mano con qué ayudar a los cretenses a hacer la guerra a los griegos, y por fin, entregó Ud. el cuidado de la *perla monstruo* al respetable Sr. Susviela.

De ese modo fue Ud. hábil e intrépidamente atesorando bajo las cubiertas de su nave todas las riquezas inexploradas de aquellos mares tranquilos — y le fue fácil entonces, para distraer los ocios de su excéntrica y altiva naturaleza, emprender la guerra contra los monstruos marinos, luchar con los *pulpos*, apuñalar por sus propias manos a los *tiburones*, atravesar ileso los comicios, como aquel fantástico marino, las gargantas profundas del Itsmo — aserrar en cien pedazos la Constitución que oprimía su nave, como el Nautilus, los témpanos helados del Polo — y mostrar también a los sabios y visitantes extranjeros, como aquél a Aronax y a Consejo las maravillas de sus cuarteles, el ingenioso mecanismo del Taller Nacional, los hábiles resortes de su Prefectura nocturna, y sobre todo aquel salón del Quinto, cuyos muros tapizados de mármol, guardan sepultados tantos horribles misterios, como manchas de sangre salpicaron sus paredes.

No falta quien asegure, Coronel, que bajo su propia cámara, *sotto il pavimento*, de aquel célebre cuartito *del mate* que ocupa provisoriamente en el Fuerte, su secretario Acha, se encuentra una de las más ingeniosas gemonias de su barco, por la cual han bajado a *puentes inferiores*, muchos de que no se ha vuelto a hablar más en los *puentes superiores*, donde reina toda la actividad, la alegría y el esplendor brillante de la maniobra.

## LIX

En la caza *personal* de los tiburones y los pulpos, ahí es donde Ud. como aquel príncipe fantástico de los mares, ha sobresalido, Coronel.

Su primer pulpo fue Beltrán, — aquel Beltrán que alimentaba el corazón de Ajax, dentro del pecho de Bayardo.

El caía alevosamente asesinado, bajo el puñal de sus sicarios en Abril de 1876.

Después ha empeñado Ud. luchas diversas, *siempre con la misma fortuna* con todos y cada uno de esos bravos que en su leyenda hercúlea, llama Ud. *monstruos que asolan el país*.

Coronado, ese monstruo, según Ud., de los mares del Norte, cae también al poco tiempo, sacrificado por sus esbirros en el Departamento del Salto, a pretexto de querer evadirse de sus prisiones.

¿Por qué se le había prendido? ...

## LX

El Comandante Bergara, según es público y notorio, pública voz y fama, estrenó la pieza de mármol que reservada sólo para ciertos *usos particulares* en el Cuartel del Quinto, ha confiado Ud. a la inteligente custodia del activo Comandante Santos.

Su cabeza fue después de eso, sometida a un procedimiento de salazón especial y tratada con éxito por el más conocido de nuestros antisépticos — la tradicional salmuera.

En seguida para que su ausencia no sorprendiera a la familia, y para que por *falta de personería* no incurriese el fisco en un *pago*

*indebido* por atrasos en la construcción del Cuartel de la Plaza de Ramírez, de que aquél era constructor — ajustó Ud. sus procedimientos estrictamente a la forma jurídica, *llamándole por edictos, para que compareciera a estar a derecho en el juicio que le había promovido el procurador fiscal D. Mariano Jampen, su señor tío — por falta de cumplimiento a aquel contrato.*

¡Cómo había de cumplirlo!

Y para que ni duda quedase al país, del orden y moralidad de la administración militar de su ejército — le hizo Ud., citar también por la 2ª repartición de la Inspección General de Armas, para que dentro de un *plazo perentorio*, que no recuerdo, *se hiciese presente*, bajo apercibimiento de ser declarado desertor del Ejército.

El piadoso objeto de una y otra citación de ultratumba, no podía menos de estar a la vista — era privar a la viuda y a los hijos de aquel malogrado jefe, de que reclamasen el sueldo y los derechos del difunto.

Para la Nación, Bergara seguía estando vivo, desde que la única parroquia que podía expedir la fe de Obito — era el cuartel del Quinto y el único párroco oficiante, el sochantre D. Máximo Santos.

Es probable que él no la expidiera sin orden de *Juez competente*, como es de práctica, y en ese caso, ni la viuda ni los hijos del desgraciado Bergara, ocurrirían a *Juez* alguno, para denunciar la apertura de la sucesión, vista la improbabilidad de obtener aquella partida — Bergara continuaba así, y continúa hoy como vivo y rebelde para el escalafón militar y para el Fisco, aunque según es fama y voz pública, está muerto y bien muerto para su viuda y para sus hijos.

Ud. probablemente, Coronel, como no es abogado, no ha calculado todavía, todos los efectos civiles de su hábil política en este incidente judicial — Otro de ellos es que ha empezado ya para el Fisco, la prescripción extintiva y adquisitiva de sus acciones y derechos, contra el ausente o desertor Bergara.

Como se ve, su política no ha podido ser más económica, ni previsora para el Estado.

Sería injusticia no reconocer lo mucho que Ud. ha perfeccionado las reparticiones y administraciones de aquel país.

## LXI

Tras de Bergara, viene el Coronel Mallada, ultimado en el *entrepunto* del Quinto.

—Es probable que en el salón de mármol — frío como los muertos que lograron el privilegio de ser devorados en sus ámbitos.

La ancha playa de Ramírez, recibió sus despojos y guarda hasta hoy en sus arenas, el secreto de su tumba.

Tras el Coronel Mallada, viene el Comandante Frenedoso, a quien llamó Ud. a la Capital, agasajó y atendió sus reclamos — se los hizo liquidar y pagar puntualmente, y en seguida, queriendo obsequiarle le invitó a comer un asado en el Quinto, de donde no debía volver a salir jamás.

Su cadáver, como el de su antecesor, es lanzado también a aquella memorable playa, que la población ignorante de estos hechos, ha convertido en sus termas sin sospechar que esas olas conducen en sus murmurios, el eco de la protesta fatídica que, envían a sus orillas las manos de esos muertos.

Cuéntase que el cadáver de Frenedoso, como más tarde el de Mariños, fue arrojado por el mar, porque hasta los elementos mismos rehusan su muda complicidad al crimen y esquivan el manto de sus misterios a la intranquila conciencia de sus verdugos.

LXII

Sigamos evocando espectros. — Tras Frenedoso viene Ibarra, asesinado en medio del silencio de los bosques vírgenes de San José.

—Viene tras él, el del argentino Mariños, a quien es fama, Ud. ayudado de su teniente Courtin, ultiman con 28 puñaladas, atan en un saco de carbón de la barraca de Guerra, y lanzan con una piedra al pie, a los senos profundos del mar.

El mar no lo recibe, se retuerce y lo vomita, escupiendo con sus olas ensangrentadas el rostro de sus victimarios.

Cervetti, es arrebatado luego de Buenos Aires, — se le amenaza con la muerte, pero antes se procura enloquecerle con toda clase de tormentos, de los que sólo le libertó la piedad de la prensa argentina.

Ud., sus tenientes y su prensa asalariada se empeñan en dementir el hecho, y para conseguirlo de un modo perentorio, los siete tripulantes de la goleta "Joven Rosalía" que le arrebató a estas playas, son asesinados al día siguiente, en garantía del silencio, comprando sólo el de su Capitán Claudio Balberdi, con un puesto en la Capitanía de aquella ciudad.

Cervetti, es el único testigo que ha escapado vivo de aquellos antros marmóreos de la muerte.

LXIII

No había Ud. empleado, a lo que parece todavía el veneno, para hacer la guerra a los *monstruos* que, según Ud., pueblan las comarcas de la República.

No podía faltar a Ud. tampoco, como a Nerón, alguna célebre Locusta, ni algún Renato como a Catalina de Médicis, que le proporcionara los filtros y los venenos que iba Ud. a necesitar para dar por un momento tregua a sus tablas de sangre.

¿Quién ha sido su Locusta? ¿Quién ha sido su Dr. Renato?

No ha llegado a mí noticia, ni allí ni aquí.

Probablemente es un secreto que bien se guarda entre Ud., Acha, Montero y demás hierofantes de esa tenebrosa cábala.

Peró lo que sí ha llegado a mi noticia, es que el primer ensayo lo hizo Ud. en el Comandante Exequiel Fernández, que terminó de ese modo su existencia en Minas.

Después lo ha ensayado Ud. de varios, según se dice, siempre con carácter de *muertes repentinas o ataques fulminantes al corazón para sus víctimas*.

Así han plegado sus párpados muchos ciudadanos espectables, entre ellos el General Suárez, el Coronel Mundell, y recientemente el Coronel Moyano, — bajo su administración van entregando su alma a Dios todos los más renombrados servidores militares de la República.

¡Estamos ya en plena época de los Borgias!

LXIV

Sería interminable recorrer las catacumbas de su gobierno.

Matta (catalán) hombre de audacia y de resolución probadas, es asesinado en la calle de Maciel, y la misma noche lo son en la calle de Patagones, siete españoles más, sin que ninguna medida tomen para averiguar el hecho, los Comandantes *Gayoso y Aguirre* que parece *no estuvieron distantes del lugar del crimen*.

¿Quiénes son esos muertos? ¿Dónde están los sumarios levantados? ¿Dónde las reclamaciones del Ministro Español residente en sus dominios?



¿Dónde las del Ministro Italiano, por las docenas de súbditos de Italia que han sido martirizados en el Taller, asesinados tras del Hospicio — con violación de todas las leyes, cuando no, ultimados en sus lóbregas mazmorras?

¿Dónde la del Ministro Argentino, por el crimen de Mariños; por el atentado infamante contra D. Francisco Esteves, sepultado en el Taller por una venganza de su ministro Montero, y cien otros argentinos más sacrificados a la ferocidad de su gobierno?

¿Cuál es la causa que explicar pueda, ese inexplicable mutismo? esa vergonzosa complicidad con un gobierno como el suyo, divorciado con todas las leyes humanas, con todas las prácticas del derecho de gentes con todos los principios de la civilización moderna.

## LXV

El hijo infortunado de Canosa, joven naturalista, futuro médico de grandes esperanzas para la Nación, que a los 21 años era corresponsal de varias sociedades científicas europeas — desaparece también en medio de la noche de una manera tenebrosa a impulsos, según se cuenta, de otra venganza de Montero — motivada por cuestiones litigiosas del padre de este Ministro, con el padre de la víctima, y se le hace aparecer como suicida, sin lograr nunca llevar el convencimiento al alma desolada del padre, de los hermanos, y de la familia entera.<sup>1</sup>

El Capitán Sánchez, mandado para asesinar a Pampillón, es asesinado a su turno, en castigo del asesinato frustrado. Zoilo González, y Quiroz ultimados en el Cuartel 3°. El Capitán Balbuena, cae asesinado en su propia quinta, Coronel, como otras muchas víctimas de su impío despotismo.

## LXVI

Carlos Soto, presunto conspirador traicionado y delatado por sus propios secuaces, cae ultimado a golpes y puñaladas en el Quinto — se le arrebatan sus papeles, y con ellos ¡páseme el mundo! ¡escandalícese la historia! va Ud. a justificarse a los pies del ministro López Netto, contento y satisfecho con alcanzar la absolución de la diplomacia brasilera, que para Ud. pretencioso defensor de la Independencia Nacional, valía a lo que parece por todas las absoluciones juntas de sus conciudadanos y de la historia.

El Sr. Ministro brasilero, único que ha hojeado esos papeles, porque según Uds. dijeron (lo he oído yo mismo antes de embarcarme a testigos presenciales) *era preciso mostrárselos para satisfacer sus exigencias*, se apresuró sin duda a absolver a Ud. para facilitarle las vías de su coronación constitucional que debía celebrarse en esos días, y poder más tarde, entrar en relaciones francas y cordiales con su gobierno, dando ensanche en grandes banquetes oficiales a la efusión de sus sentimientos comprimidos por la etiqueta y el decoro, durante los tres años de su dominación dictatorial.

Oh! en el caballero López Netto, condecorado con varias órdenes y cruces, renombrado criminalista no cabe ni siquiera la disculpa de la ignorancia de estas cosas ante el país y ante su gobierno, porque él ha vivido allí, ha sido su confidente y el comensal obligado, de su

<sup>1</sup> Escritas estas líneas, leemos en la "France", periódico de Montevideo, otra denuncia del Sr. Canosa, respecto a otra tentativa de asesinato contra su hijo Sabá, estudiante también. El padre implora la conmiseración de la opinión pública, y denuncia el propósito de acabar tenebrosamente con todos sus hijos. ¡Cuidado Sr. Canosa, cuidado con Ud. mismo! Ud. está mal en Montevideo. Es horrible su situación de padre! Véngase a Buenos Aires!

política, y en más de un caso es de notoriedad pública, ha sido su complaciente consejero.

El no ha guardado ni el recato de los otros diplomáticos, para con Ud.

He ahí cómo se arrastra entre nosotros, la diplomacia brasilera, he ahí como malogra día a día aquella culta Nación por las torpezas de sus diplomáticos la confianza y consideración que debiera estrechar las cordiales relaciones de ambos países.

Así se insultan los sentimientos humanitarios de un pueblo civilizado, así se ultraja el decoro y la dignidad de una sociedad entera y se degrada la representación de un gran pueblo a los pies de un tiranuelo estúpido — de un bandido feroz y sanguinario como Ud.

Oh! esto no lo sabe, sin duda, el Embajador del Brasil — no lo sabe el Marqués de Sinumbú, no lo sabe Octaviano, no lo sabe Boca-yuba, no lo sabe la prensa liberal del Imperio, no lo sabe Silveyra Martins.

Mi panfleto se los dirá.

El visitará también la Corte del Imperio y las redacciones de su prensa libre.

No siempre los diplomáticos abyectos han de triunfar sobre los dolores de los pueblos — no siempre su moral decrépita y valetudinaria ha de ser el gaje feliz de su fortuna diplomática.

## LXVII

¿Qué dirá también el ilustrado ministro chileno, Dr. Lastarria, sobre esto?

¿Qué opinión tendrá sobre su gobierno?

¿Qué pensará de la paciencia de los pueblos, ese ilustrado diplomático, miembro selecto de una de las más civilizadas repúblicas sudamericanas? El, uno de los más grandes publicistas del Continente, qué dirá en presencia de tantos horrores, como no pueden menos de haber llegado a sus oídos, si él se ha dignado frecuentar algo la sociedad de mi patria — qué dirá, Coronel, de sus *expedientes administrativos, de su justicia criminal?* qué dirá en fin, de su catadura político-diplomático?

¿Qué dirá de la de nuestro desgraciado Ministro de Relaciones Exteriores, en un tiempo, una de nuestras más brillantes constelaciones científicas y literarias, hoy mísero cortesano enfermo, revoloteando en torno de un oscuro Calígula.

Oh! no le culpamos — nadie, mejor que nosotros sabe que, cuando la salud falta, la integridad intelectual sucumbe principalmente bajo la forma comatosa que caracteriza las afecciones cerebrales.

El Doctor Méndez está enfermo — gravemente enfermo.

¿Se creará el Sr. Ministro Chileno, que todo eso que superflota allí, es el noble pueblo oriental, y que ese círculo de capitanejos que Ud. preside, Coronel, son el emblema sintético de todas las altas glorias militares de la Nación?

¿Si habrá tenido tiempo y ocasión de desengañarle de todo esto, nuestro excelente amigo el Sr. Hurtado Barros, y demás ilustrados huéspedes chilenos que habitan nuestro hospitalario suelo?

Me siento fatigado, Coronel, para continuar los perfiles apolo-géticos de su paternal gobierno, y los de su arrogante personalidad

## LXVIII

Nada ha faltado a Ud., para igualar y aún superar a los más grandes tiranos de la antigüedad y de los modernos tiempos, en América.

Hasta se ha convertido Ud. en empresario de Toros, como Nerón lo era del teatro Romano.

Ni ha dejado Ud. de tener también su bufón como tenía él el suyo en el histrión París. Como la de Tiberio, como la de Rosas, como la de López y como la de Urquiza, su tiranía ha sido ante todo, una tiranía especulativa, industrial.

Su único conato ha sido enriquecerse, y enriquecer a sus fieles servidores y a toda su parentela.

Ha suprimido Ud. violentamente todo lo que odiaba, o para Ud. y su política podía ser un peligro.

No ha temido a la gente decente e ilustrada que, cansada, abatida y sin medios de resistirle, unos se han condenado a la abstención, otros a la expatriación, otros al martirio.

Por eso ha aparentado respetarla, siempre que no le ha dado ocasión de descargar sobre ella, sus odios feroces, sus bárbaras venganzas.

Aislado de todo lo que vale algo, en los teatros, en los centros sociales, en los paseos, en las calles. Ud. no podía reconciliarse jamás con una sociedad que le humilla con su desprecio y a la que su odio profundo ha llenado de espanto y de luto.

Hay entre Ud. y ella un abismo. No hay puente alguno por consiguiente, que restaure allí la confianza y el crédito.

El mismo oro de los Bancos, está en ellos como los tesoros de Midas, infecundo para sus sórdidos poseedores.

Su gobierno morirá de consunción, si antes no le devoran las furias populares, que también los pueblos despiertan de su sueño y sacan fuerzas de flaqueza.

Su última esperanza habría sido sofisticando un gran pensamiento financiero, hacer un Banco de Estado, con *hombres y capitales de su confianza*.

Ella ha escollado como todas sus locas y desesperadas tentativas, de organizar la hacienda pública, que siempre fue patrimonio exclusivo de sus *privanzas*.

A los pueblos no se les puede seguir engañando por mucho tiempo.

Ellos toleran, enmudecen, hasta que se despierta en su pecho el instinto supremo de la propia conservación.

Entonces hacen lo que los peruanos, con los Gutiérrez — lo que los ecuatorianos, con García Moreno — lo que los entrerrianos, con Urquiza; si antes sus pretorianos, como los de Roma, no hacen con Ud., lo que aquéllos hacían con los mismos monstruos que elevaban al Capitolio, cuando empalidecía sus fortuna, o ya no pagaban liberalmente sus maldades.

La máxima práctica de su política, ha sido la que Septimio Severo aconsejaba a sus hijos, lo sé.

Contentad a los soldados, hijos míos, y no os inquietéis por el resto, decía el emperador romano, y también eso ha dicho Ud.

¡Oh! pero la historia se encargó bien pronto de desautorizar esa máxima impía — Caracalla, Macrino, Eliogábalo, todos murieron a manos de esa proterva soldadesca.

Pocos tiranos tuvieron la suerte de Rosas. Tal vez así lo dispuso el Hado, para que se cumpliera la profecía del poeta:

... "Ni el polvo de sus huesos, la América tendrá".

Sin ser poeta, me abstengo de predecir la suya.

No quiero que se cumpla, para arrebatarme a mi patria el derecho exclusivo de descargar sobre Ud., la justicia divina y humana.

He terminado, y espero tranquilo sus venganzas.

Angel Floro Costa.

